

## Volver a ilusionarse

Miércoles 21 de diciembre de 2022. El reloj de la parada del Metrobús indica las 05:37. Los primeros tímidos rayos de sol comienzan a darle color a la avenida 9 de Julio, que no luce tan pulcra como otros días. Papelitos de todos los tamaños, trozos de banderas albicelestes, pedazos de botellas de vidrio, latas vacías de todas las marcas, una que otra luminaria rota... Después del desmadre de la tarde anterior, es una buena noticia que el Obelisco por lo menos sigue en pie.

Casi cinco millones de personas en las calles, algo que ningún partido político ni confesión religiosa había logrado en toda la historia. ¡Y no era para menos! Para los más grandes, 36 años de espera; para los que nacieron desde el 30 de junio de 1986 en adelante, toda la vida. Y ahí estaban todos, sin importar edad o clase social, recibiendo a los héroes, que sobrevolaban la capital como “águila guerrera [...] en vuelo triunfal”.

Alegría, desahogo, algarabía, euforia, desenfreno.

Pero el mundo sigue girando, la vida continúa, y el primero en enterarse parece ser Horacio. Como todas las mañanas, revisa los contenedores de basura en busca del desayuno para él y su fiel amigo Aquiles. La cabeza todavía le da vueltas. Un extraño sentimiento lo embarga: es como una mezcla de la más radiante alegría con la tristeza más amarga. Y aunque tiene un nudo en la garganta, no puede dejar de balbucear esa canción que le quedó grabada:

–Muchachos, ahora nos volvimo’ a ilusionar...

Horacio introduce nuevamente su mano hasta el fondo del cesto, solo para sacarla empapada y con olor a yerba mojada. Su acompañante canino lo observa expectante y mueve la cola. La sombra de Aquiles apenas pinta una delgada línea oscura en el pavimento. Y no, no es el ángulo de la luz; el pobre animal recibe casi la misma dosis de alimento diario que su dueño.

–¿Vos sabés qué es la ilusión, Aquiles? –le pregunta el hombre, que lo mira con compasión.

Perro y amo comienzan a caminar lentamente en dirección a otro contenedor. A sus 57 años y con una diabetes que lo está consumiendo de a poco, Horacio apenas puede arrastrar sus pies.

–Bueno, la ilusión depende de quién la mire. Por ejemplo, Aquiles, para vos y para mí, la ilusión es encontrar algunos cartones secos para taparnos hoy cuando nos vayamos a dormir... quién sabe dónde.

El sol ahora envuelve con su calidez a los transeúntes, que continúan su travesía en busca de comida. La frenética Buenos Aires se mueve a otra velocidad, pero ellos no se dejan llevar por la locura urbana. Siguen la ruta de todos los días y pasan frente a la estación de servicio en la que Horacio suele darse una ducha una vez a la semana.

–Mirá, Aquiles, ahí está Diego, el playero. Pobre, el dueño casi lo echa cuando se enteró de que me abría el baño de la estación a la madrugada. No se puede dar el lujo de perder ese trabajo. ¿Cómo le da de comer a su nena, sino? Y aun así se sigue arriesgando y me espera todos los jueves con la llave en la mano. Te digo algo: ese muchacho ya se ganó el cielo.

Horacio camina en silencio. Sigue absorto en sus pensamientos.

–¿Qué creés que es la ilusión para Diego? No sé si te acordás, pero él nos dijo que quería estudiar en la universidad. Algo así como arquitectura... no, no era eso. ¡Ingeniería! ¡Ahí está! Yo creo que le iría bien, pero ¿de dónde sacaría el tiempo para hacerlo? En el laburo lo explotan, y todavía le debe un mes de alquiler al dueño de su departamento. Además...

El olor a pan recién horneado hace que Aquiles lo deje a Horacio hablando solo. A media cuadra está Estela, la dueña de la panadería, que los espera con una bolsa de facturas oreadas. Luego de recibir el paquete e intercambiar unas palabras, el hombre agradece y se despide. El perro, inquieto, apoya sus patas delanteras en las piernas de su dueño, como pidiéndole que comparta el botín.

–Tranquilo, Aquiles. Doña Estela nos da para los dos. A propósito, ¿cuál creés que será su ilusión? Siempre me habla de su hijo, que anda con mala junta. Encima, no quiere hacerse cargo de la empresita familiar. La pobre Estela ya está grande y tiene miedo de tener que cerrar la panadería. Ya no tiene las fuerzas de antes y la economía tampoco acompaña.

Las horas pasan y la ciudad no se detiene, aunque ellos sí. El linyera se sienta en el banco de una plaza y el perro se recuesta a sus pies. En la mente de ese hombre de aspecto desaliñado y facciones curtidas sigue dando vueltas el mismo tema de la mañana.

–¿Qué querés que te diga, Aquiles? No sé si la ilusión sirve de algo, a fin de cuentas. Capaz sirve para estar contento un rato, como cuando ganamos un mundial, pero los jugadores de la Selección no nos van a dar de comer. Hay cosas que no cambian por un simple partido de fútbol.

En ese momento, una camioneta se detiene frente a ellos. Un hombre joven desciende y se dirige a Horacio con una sonrisa:

–Amigo, ¿cómo estás? Te estaba buscando. Te acordás de mí, ¿no?

–Sí... Vos me trajiste comida y oraste conmigo el viernes pasado –responde Horacio, dubitativo.

–Claro. Y te dije que te iba a conseguir ropa nueva.

–No creí que te fueras a acordar.

–¡Pero cómo no me voy a acordar, hombre! Subí a la camioneta que te llevo a la iglesia, así te probás algunas pilchas y tenés algo para estrenar en Navidad.

Los ojos de Horacio se humedecen. De pronto, desaparece la extraña mezcla de sensaciones que sentía. Mira hacia el cielo, como tratando de entender por dónde llegó la bendición que le acaba de caer, y le susurra a su perro:

–Aquiles, ¡ahora sí nos volvimos a ilusionar!